

Prólogo

«La Guerra empieza en las mentes de los hombres.»

Esta afirmación, realizada hace 60 años en la primera frase de la Carta de la UNESCO, necesita ser modificada, pero sólo para incluir las palabras «y de las mujeres», y también para reconocer que no sólo la guerra tiene su origen en nuestras mentes, sino la mayoría de las actividades humanas. Esto parece obvio, pero desafortunadamente ha sido ignorado por buena parte de las Ciencias Sociales. La parsimonia y la prisa por copiar a algunas de las «ciencias duras» como la Física han llevado a multitud de eruditos a ignorar la compleja red del pensamiento humano a favor de modelos más simples. Pero cuanto más miramos el comportamiento humano y nacional, más necesario parece entender cómo piensan las personas. De hecho, la neurología moderna, con sus avances en la comprensión de nuestro cerebro, nos conduce a nuevas perspectivas y a reforzar el punto de partida¹. Los eslabones entre los estímulos objetivos y la reacción ante ellos transcurren a través de un complejo proceso que varía de individuo a individuo y que incluye factores lógico-rationales y emociones.

En este trabajo, Rubén Herrero traza un amplio radio de investigación para analizar cómo los individuos, los gru-

¹ Para un mayor conocimiento, consultar, McDermott, Rose, «The Feeling of Rationality: The Meaning of Neuroscience Advances for Political Science», *Perspectives on Politics*, vol. 2, diciembre de 2004, pp. 691-706.

pos y los países piensan en clave política y alcanzan y toman sus decisiones. Él hábilmente utiliza la Ciencia Política y la Psicología para arrojar luz sobre cuestiones básicas del comportamiento político. Tal y como él demuestra, no podemos saltar del estímulo a la respuesta sin intentar entender lo que sucede entre medias.

A menudo hablamos de personas o de países que reaccionan ante situaciones. Este lenguaje es un atajo conveniente, pero no debería conducirnos a error. Porque nosotros no podemos conocer directamente una situación y menos aún afrontarla sin más. En vez de ello, tenemos que percibir e interpretar los estímulos que recibimos para poder dotar de sentido a nuestro mundo. Buena parte de este proceso es inconsciente, especialmente en situaciones rutinarias. Cuando caminamos no somos conscientes de la enorme actividad mental que requiere el dotar de sentido a lo que «vemos». En la política internacional, las naciones a menudo asumen que los «hechos» son claramente reconocibles y, de hecho, indiscutibles. Pero lo cierto es que decidir qué o cómo son «los hechos» requiere de innumerables interpretaciones y decisiones, muchas de las cuales parecen tan obvias que no somos conscientes de que hay elecciones y alternativas. Esto puede servir de gran ayuda ya que si abarcáramos por completo la complejidad de la información que fluye ante nosotros nunca tomaríamos una decisión ni reaccionaríamos. Así, la evolución ha modelado nuestro cerebro de tal manera que ante muchas situaciones peligrosas de nuestra vida diaria o, mejor dicho, de la vida diaria de nuestros ancestros la reacción se produce sin pensar, como por ejemplo al girarnos por un ruido inesperado o al ponernos en guardia ante un animal a punto de atacarnos. De igual manera, los líderes nacionales se sirven de su instinto². No sólo ellos, sino tam-

² Larson, Deborah, «Truman and the Berlin Blockade: The Role of Intuition and Experience in Good Foreign Policy Judgment», en Stanley